

Fòrum de Recerca. Núm. 22/2017, p. 129-143

ISSN: 1139-5486. DOI: <http://dx.doi.org/10.6035/ForumRecerca.2017.22.8>

129



UNIVERSITAT
JAUME I

La educación para la paz en el aula

Anca-Nicoleta Rotila

al286523@uji.es

I. Resumen

El fracaso de los valores transmitidos desde el sistema educativo tradicional me ha llevado a la reflexión sobre la necesidad de una reforma educativa. Como la finalidad deseada es la paz, en sus diferentes formas y tipologías, una de las mejores metodologías, cuya puesta en práctica nos acercaría al resultado deseado, es la educación para la paz. Por esto, el objetivo principal de este trabajo es recuperar otras formas de entender la educación tradicional, más allá del modelo de educación bancaria propuesta por Paulo Freire, en los que se introduzcan los contenidos propios de la educación para la paz.

La metodología que se ha utilizado para este trabajo se ha basado en el análisis crítico sobre las principales fuentes bibliográficas, que tienen como tema principal la educación para la paz. Muestra de esto son las aportaciones del autor Miguel Ángel Cano, recogidas en el primer subapartado, y las aportaciones del filósofo Paulo Freire, recogidas en el segundo, junto a otros autores no menos relevantes citados durante el texto.

Concluiremos viendo que Freire resalta la crítica como valor principal en los métodos de la educación. Explica que la tarea del educador es la de ayudar al oprimido, a transformar su debilidad en fuerza. Para eso, ha de haber comunicación y empatía entre maestro y alumno. De la misma manera, es patente la necesidad de potenciar la creatividad, que ayudará al alumnado a superar sus miedos.

Palabras clave: educación, paz, niños, niñas, educadores, crítica.

II. Introducción

Este escrito se divide en dos partes. Primero, nos encontramos con el subapartado, «La necesidad de una revolución silenciosa mediante la educación para la paz», en el que, después de definir brevemente aquello que entendemos por *educación para la paz* de la mano del autor Xesús Jares, nos centramos en las reflexiones del autor Miguel Ángel Cano (2003). Este filósofo hace una crítica al sistema educativo actual y propone una reforma moral del individuo. En su reflexión, divide los campos en los que se debe dar la reforma en los siguientes: la Educación del Carácter, la Educación del Corazón, la Educación Cívica y la Educación Intercultural. Estas explicaciones nos servirán para profundizar mejor en el siguiente subapartado, «Crítica de la educación tradicional desde la visión de Paulo Freire», que se centra especialmente en las tres obras principales del autor: *Pedagogía del oprimido* (1970), *Pedagogía de la esperanza* (1993) y *Pedagogía de la indignación* (2001).



I. La necesidad de una revolución silenciosa mediante la educación para la paz

Antes de adentrarnos en la propuesta del autor Miguel Ángel Cano, veo relevante definir qué entendemos por *educación para la paz*. Para esto, a continuación podemos ver la definición que el autor Xesús Jares (1994: 289) nos facilita:

...concebimos Educación para la Paz como un proceso educativo, continuo y permanente, fundamentado en los dos conceptos definidores, el concepto de paz positiva y la perspectiva creativa del conflicto, y que a través de la aplicación de métodos problematizantes pretende desarrollar un nuevo tipo de cultura, la cultura de la paz, que ayude a las personas a desvelar crítica, ente la realidad, compleja y conflictiva, para poder situarse ante ella y actuar en consecuencia.

Vemos como Jares defiende que la educación para la paz debe ser un proceso educativo continuo y permanente. Hay que destacar que uno de los debates que existe hoy en día en el ámbito educativo es si la educación para la paz debe ser una asignatura concreta o debe ser una metodología que se tendría que aplicar en todas las asignaturas y, en general, en todo el proceso educativo del infante. Este debate no es algo nuevo; todo empezó en 1919 cuando se creó la Sociedad de Naciones cuyo objetivo era el rechazo de la guerra y la defensa de la paz y la solidaridad entre los pueblos. Esta institución empezó una gran difusión de sus ideas entre los jóvenes, lo que llevó a que se plantee que no puede existir una asignatura concreta de la paz, sino que esta debe ser un tema transversal que impregne la vida de los niños y las niñas desde su edad más temprana. Considero que si la educación para la paz fuera una asignatura concreta, no se le daría tanta importancia como a las matemáticas o a la lengua, por ejemplo. También, creo que la finalidad de la educación para la paz es la de formar caracteres llenos de valores de paz y dispuestos a ponerlos en práctica en cualquier momento. Esto solo se puede lograr si el estudio de la educación para la paz y su práctica se desarrollan durante toda la vida y, si pensamos en los más pequeños, considero que la educación para la paz debería ser la manera escogida por los padres para educar a sus hijos, empezando por los primeros años de vida.

En esta misma línea encontramos las reflexiones del autor Miguel Ángel Cano (2003), que nos ayudarán a tener una perspectiva global del tema, de una manera más comprensible. Según este filósofo, es necesaria una profunda reforma moral y transformación individual y familiar para llegar a la paz. Esto solo se puede lograr mediante una educación ética, que lleve a la paz interior del



individuo y a una armonía familiar sobre todo, ya que de esta manera se asegura la paz social, nacional e internacional. A raíz de esta reflexión, el autor Cano propone y defiende que, para llegar a una paz mundial, sería necesario llevar a cabo una revolución silenciosa y pacífica, por medio de la educación para la paz. Esto haría que el individuo, de forma voluntaria y autónoma, quisiera cambiar su actitud, de manera que esta sea favorable a la madurez moral y paz interior. La educación ética ha sido uno de los temas que más controversia ha suscitado en diferentes gobiernos. Algunos consideraron su inclusión en la escuela y consideraron importante que se tratara como una asignatura más; en cambio, otros lo rechazaban y lo anulaban del currículum escolar, algo desde mi punto de vista decisivo para conseguir las herramientas para superar los conflictos.

En esta propuesta, el filósofo divide la reforma en cuatro campos. Primero tenemos la llamada Educación del Carácter, cuya meta es alcanzar la paz interior y la madurez moral del individuo. La segunda es la Educación del Corazón, cuya finalidad es la armonía y paz familiar. La tercera es la Educación Cívica, que nos llevaría a una paz social. Por último, la cuarta es una Educación Intercultural, en la que se encontraría la paz, el entendimiento y la cooperación entre todos los pueblos, etnias, culturas, etc., del mundo. A continuación, daremos paso a explicar, brevemente, cada una de las cuatro partes de dicha reforma.

En la llamada Educación del Carácter, el objetivo principal es favorecer que el individuo supere sus aspiraciones egocéntricas y egoístas y ayudarlo a abrirse ante acciones altruistas y centradas en el otro y no solo en uno mismo. Si nos paramos a pensar, el motivo básico por el que se han llevado a cabo guerras y conflictos es el conflicto interior del ser humano entre sus aspiraciones mentales y sus deseos corporales. Podemos destacar cómo desde esta perspectiva, en la actualidad, ha aumentado el número de organizaciones no gubernamentales y para el desarrollo. Organizaciones que, de forma altruista, deciden solidarizarse con los demás y hacer que en esta sociedad existan planes para construir un mundo en paz. Cano (2003:223-224) dice lo siguiente: «Para lograr la paz mundial la primera batalla que los seres humanos deben ganar es esta guerra contra sí mismo, es decir, alcanzar la paz interior o control sobre sus propios deseos». Por lo tanto, el motivo principal por el que no nos encontramos en un mundo en paz no viene de algo genérico, sino que viene de nosotros mismos, de cada uno de nosotros y nuestra mala utilización de la fuerza que tenemos y que empleamos para satisfacer nuestros deseos egoístas.

Hemos comentado que la segunda parte hemos es la Educación del Corazón. Esta tiene como objetivo primordial llegar a una armonía y paz familiar mediante el desarrollo de nuestras

capacidades de dar y recibir amor. Este tipo de educación, como hemos dicho, se imparte principalmente en la familia, por el carácter típicamente paternal de dar más de lo que se recibe. El autor nos quiere enseñar la importancia de que el niño goce de una familia unida y del afecto paternal, ya que, cuando se carece de este, en la mayoría de las ocasiones, el sufrimiento de los hijos hace que estos se conviertan en personas con dificultades para alcanzar la paz interior y para ser buenos ciudadanos. «Prueba de ello es que la mayoría de los individuos que muestran conductas antisociales, delictivas o compulsivas, provienen de hogares rotos o problemáticos» (Cano, 2003: 225). El autor compara la familia con una célula que, si está sana, hace que el organismo funcione bien y es el organismo la sociedad. Pero si la célula enferma, hace que el organismo se degenera. Tal como dice (2003: 225): «Sin armonía y paz familiar es imposible la paz social, nacional o mundial». De allí que un mundo como el nuestro, en el que la desestructura de las familias es habitual, facilita el conflicto y el alejamiento hacia la paz.

La Educación Cívica tiene como meta final el educar al individuo y a la familia, para que, voluntariamente, contribuyan al bienestar y la paz comunes de la sociedad o nación. Se trata de que haya una armonía entre las metas y los objetivos individuales y el propósito de ayudar al bienestar a un nivel más amplio, un nivel de sociedad. Esta armonía o equilibrio solo se pueden lograr cuando los intereses y objetivos individuales se utilizan como medios para cumplir el propósito del bienestar más amplio. John Stuart Mill (1991: 62-63) decía: «El segundo lugar, que la educación y la opinión pública, que tienen un poder tan grande en la formación humana, utilicen de tal modo ese poder que establezcan en la mente de todo individuo una asociación indisoluble entre su propia felicidad y el bien del conjunto». Por lo tanto, la Educación Cívica es imprescindible si queremos llegar a una paz social y esta educación debería impartirse tanto en los centros educativos como transmitirse de una forma positiva, a través de los medios de comunicación que se han alejado de los propósitos que fundamentan todo este saber.

Por último, tenemos la Educación Intercultural cuyo objetivo es «... promover la convivencia, comunicación, diálogo, entendimiento, comprensión, cooperación y ayuda mutua entre todos los pueblos, etnias, razas, culturas y religiones...» (Cano, 2003: 228). En este tipo de educación es muy importante combatir los resentimientos y odios raciales, religiosos y los nacionalismos excluyentes. Un papel fundamental en este caso lo tienen los profesores que deben cuidar mucho su manera de expresarse a la hora de impartir las clases y, además, son las personas más cercanas al niño para transmitirles los valores fundamentales. Nos referimos, de manera especial a los profesores de historia, cuyas clases van muy ligadas a hechos vinculados a diferentes naciones, religiones o etnias y a los procesos

que se interrelacionan. Asimismo, se debería destacar la necesidad de que los profesores desarrollen el lado voluntario de los alumnos desde muy pequeños.

Dicho esto, profundizaremos a continuación en el tema de la educación en el aula, en palabras del autor citado anteriormente, la Educación del Carácter.



II. Crítica a la educación tradicional desde la visión de Paulo Freire

Me gustaría empezar hablando del tema principal tratado por el autor Paulo Freire en su libro *Pedagogía del oprimido* (1970).

El autor comenta la idea del oprimido en tanto que para el individuo ser hombre lo es en su mente, entendiendo por hombre ser opresor, debido a que es su única realidad vivida y conocida. Su crítica parte de los métodos de educación, ya que, para este autor, el educador o la educadora transmiten al alumnado un contenido con el objetivo de que lo repitan mecánicamente. Así, el educado o alumno pasa a ser «un recipiente que debe ser llenado por el educador» (Freire, 1970: 76). En este libro, Freire dice que la tarea del profesorado es ayudar al oprimido a transformar su debilidad en fuerza y que esta fuerza sea capaz de transformar el poder del opresor en debilidad. Todo esto se puede llevar a cabo mediante la comprensión crítica del motivo y proceso por el que se dan los conflictos sociales. «Enseñar es un acto creador, un acto crítico y no mecánico» (Freire, 1993: 77). La misma idea la sostiene el autor Gil Fell, diciendo que la enseñanza se manifiesta en un proceso que va en un único sentido, en el que el profesor habla y el alumno escucha. Sin embargo, la educación para la paz ve la importancia de la escucha y la comunicación que, a la larga, se convierte en una capacidad del individuo para la comprensión y la empatía (Fell, 1993: 101).

Por un lado, gracias a ello, se observa una actitud pasiva que, a la larga, reducirá tanto la creatividad como la crítica hacia lo que lo rodea y, por tanto, se transformará en un individuo ingenuo. Sin embargo, la creatividad de los niños y las niñas debe ser algo que se valore para que no se pierda y, por eso, el autor defiende que la capacidad de crear tiene que ser viable y se tiene que superar el miedo a la aventura y al fallo; también, se debe ir más allá de la repetición (Freire, 1993; 2001: 111). Además, podemos deducir de sus palabras que la educación se entenderá como dominación, con el objetivo de adoctrinar al alumno, y, a la vez, crecerá la idea de que este se asiente cómodamente en un mundo opresivo. Por tanto, es uno de los puntos en los que más hay que incidir para cambiar el sistema educativo actual.

El mismo punto de vista lo encontramos en la educación para la desobediencia, que se basa en que una minoría controle toda la sociedad. A esto se da respuesta alegando que es la colaboración y la comodidad del resto de los ciudadanos la que lo apoya, que se

sostiene a través de la obediencia en los valores tradicionales: en los padres, maestros, religión, etc. Sin embargo, no lo es ante una ley injusta a la que solo se puede combatir desobedeciéndola. Por lo tanto, es muy importante educar, también, para desobedecer lo que la autoridad nos impone injustamente (Jares, 1991: 160; 2004; 2005).

Volviendo a la idea del oprimido, Paulo Freire (1993: 29) dice:

... la esperanza de producir el objetivo es tan fundamental para el obrero como indispensable es la esperanza de rehacer el mundo en la lucha de los oprimidos y las oprimidas. Sin embargo la educación, en cuanto práctica reveladora, gnoseológica, no efectúa por sí sola la transformación del mundo, aunque es necesaria para ella.

Por lo tanto, la educación no puede ser neutra, ya que esta puede estar encaminada hacia la transformación del mundo o el pensamiento crítico, pero también puede estar encaminada hacia la impasibilidad hacia las estructuras injustas. Dicho de otro modo, no solo se ha de hablar sobre lo que debería ser y cómo se debería educar, sino que se ha de llevar a cabo una práctica educativa radical cuyos pilares sean la curiosidad y la búsqueda de las razones de ser de los hechos. Esto es así porque, según Freire, los niños y las niñas necesitan crecer ejerciendo sus capacidades de pensar, de preguntarse cosas, de dudar, más que de seguir programas o propuestas. «Los niños necesitan tener asegurado el derecho de aprender a decidir, que solo se hace decidiendo» (Freire, 2001: 70). La misma idea la defiende el autor Francisco Fernández Palomares diciendo que la educación debería encargarse de despertar en el alumno un sentido crítico ante las actitudes y relaciones sociales dominantes, que a la larga ayudaría a crear ciudadanos capaces de modificar las relaciones sociales existentes. La escuela tiene un papel destacado en este proceso, pero hay que resaltar que su función no solo se basa en enseñar las asignaturas pertinentes: matemáticas, historia, lengua, entre otras, sino también de llevar a cabo una tarea de socialización en la que se eduquen hombres y mujeres que una sociedad necesita para funcionar (Fernández Palomares, 1994: 11-13).

El filósofo Gil Fell ve relevante que los profesores y las profesoras, mediante la educación en el aula, hagan conscientes al alumnado, en un sentido crítico, para que estos puedan ver las desgracias que pasan a su alrededor. Además, también ve importante educarlos en la esperanza de que los seres humanos puedan cambiar para vivir en un mundo más justo. La educación en la visión crítica del mundo es imprescindible, puesto que, de este modo, el niño o la niña pueden aprender a poner en duda la supuesta igualdad entre personas y el poder del individuo, conceptos propios del capitalismo y el patriarcado.

Su función sigue siendo la de producir trabajadores y ciudadanos jóvenes con los conocimientos, destrezas y valores adecuados y así continúan operando en buena medida en ambientes que reflejan la jerarquía y la competición halladas fuera del recinto de la escuela (Huckle, 1993: 236).

Así, surgirán preguntas relacionadas con por qué el poder siempre ha estado en manos del hombre, occidental, rico, blanco, cristiano. La misma Iglesia –en la que hay que distinguir entre dogma y praxis como estructura de poder–, desde que es oficial, tiene otras reglas que no son la fe y en la cual se ha ido imponiendo ser una herramienta de poder y no un medio para conseguir la paz. Todo esto significa reconocer al oprimido y ponerte a su altura para poder entender la causa de su opresión, ya que, solo si conocemos las causas, sabremos por dónde empezar a cambiar la relación entre el opresor y el oprimido. Tal como dice Fell (1993: 179): «... luchamos al lado de ellos y constantemente vigilamos nuestras propias posiciones como personas en potencia». El profesor, como aliado a la posición oprimida, debe hacer entender al alumno o la alumna que la neutralidad hace que estemos apoyando al opresor de una forma menos visible y contribuir, así, a cambiar el sistema desde otro punto de vista. La solución es adoptar una posición de compromiso ante las injusticias que pasan y que, aunque no de una manera directa, nos influyen a nosotros también. Hay que defender una educación para la libertad, en la que el niño no solo debe ser educado para ser liberado de algo, sino también educado para que contribuya a la construcción de una nueva sociedad igualitaria y cooperativa (Huckle, 1993: 237).

Peace education has to that extent to be an empowering process whether in a classroom or in the community; those who press for peace education have the responsibility of showing that ordinary people, children or adults, can do something effective about the problems that are raised- that they are problems created by human beings and can now be solved by them (Harris y Morrison, 2003: 84).

Asimismo, Freire hace la propuesta de la realización de la educación que, para el autor, debe basarse sobre todo en el dialogo; el educador será quien educa y al mismo tiempo el educado también educa (Freire, 1970: 87-90; 1993; 2001). Según el autor, enseñar no es una transferencia de información del educador al alumno, donde este último es pasivo y dócil. Jares dice que entre los valores que se deben encontrar en la relación entre el alumnado y el profesorado encontramos la reciprocidad. Esto implica una rotura con el pasado en el que el segundo tiene una posición superior y el primero queda en un puesto inferior en el que obedece sin cuestionar las demandas



del educador. Es natural que en el aula uno enseñe y otro aprenda. Lo que no es natural es que sean siempre unos los que enseñen y siempre otros los que aprendan. Debe haber una reciprocidad, lo que implica un intercambio de roles. Otro valor ligado al anterior es la horizontalidad, que se explica en la necesidad de un equilibrio de poder en el aula, ya que un verdadero diálogo solo se puede llevar a cabo entre iguales (Jares, 1994: 315; 2004; 2005).

Sin embargo, partir del saber del alumno tampoco significa quedarse allí y darle vueltas, puesto que la misma palabra *partir* significa desplazarse o irse. Por lo tanto, se ha de partir de las experiencias vividas por el alumno para que, de esta manera, sea más fácil su aprendizaje y su desplazamiento hacia los nuevos conocimientos y las enseñanzas (Freire, 1993: 66-67; 2001). Según el pensador: «... el educador o la educadora, aun cuando a veces tenga que hablarle al pueblo, debe ir transformando ese al en con el pueblo» (Freire, 1993: 25). Es más, según las palabras del autor David Hicks (1993: 27):

... los niños no llegan a la escuela ignorantes del mundo en el que viven. Las escuelas simplemente intervienen en el proceso educativo en marcha, el de socialización infantil, por lo que los alumnos aprenden lo que se espera de su cultura, clase y sexo.

Un ejemplo de ello es que, a la edad de cinco años, los niños y las niñas ya empiezan a formarse opiniones, muchas veces de rechazo hacia diferentes grupos de personas, estratos sociales o incluso países. De ahí que, el papel del profesor, en la enseñanza para la paz, debe ser más de un facilitador y no de autoridad, puesto que, para que los niños aprendan valores como la autoestima, el aprecio hacia los demás, la justicia, la no violencia, entre otras, debe haber un proceso de aprendizaje. Con esto quiero decir que debe haber una relación estrecha entre fines, medios, contenido y forma. El profesor en el papel de facilitador tiene como tarea asegurar un buen clima de aprendizaje y guiar a los alumnos entre los valores, conceptos y prácticas que implican la paz (Hicks, 1993: 36). Para añadir una idea más en este aspecto, el autor Patrick Whitaker defiende que la relación entre alumnos y profesor ha de ser normal, entre personas, y no asumiendo un papel o unos roles determinados (Whitaker, 1993: 46).

El profesor o la profesora también deberían cuidar el currículum oculto, puesto que este muchas veces se relaciona con el adoctrinamiento. El sistema escolar transmite una información oculta que subyace en el sistema social. El currículum oculto es el que, a la larga, mantiene unida la sociedad y multiplica generación tras generación las mismas prácticas sociales. Entre los factores sociales que se pueden encontrar en el currículum oculto está la organización o estratificación de las clases sociales, los niveles

mínimos aceptables que van relacionados con lo que entendemos por países desarrollados y países subdesarrollados, o la calificación y las notas finales que dan acceso al mundo laboral. Según el autor Alfonso Fernández Herrería (1994: 163):

Es la escuela hecha a imagen de la división del trabajo y de las clases sociales que ella enseña a aceptar y a justificar, al servicio de las elites que tienen el poder y la riqueza, aunque luego se justifique precisamente con el mito de la igualdad de oportunidades.

La misma idea es defendida por Francisco Fernández Palomares que dice que la escuela, como institución social, se puede entender como la base de la vida social, ya que proporciona normas, reglas y pautas de vida básicas de los seres humanos. Por medio de estas normas, se produce una continuidad de la misma vida social a través de las generaciones (Fernández Palomares, 1994: 19). Y si hablamos de currículum oculto o el cambio del currículum educativo, en general las propuestas de cambio deben venir de los profesores, porque, si vienen desde arriba, como estas propuestas se imponen, estarán destinadas al fracaso. Por lo tanto, los profesores tienen que participar de forma activa en el cambio que proponen y serlo ellos mismos, ya que, de esta manera, serán un ejemplo para sus alumnos y alumnas (Richardson, 1993: 268).

Siguiendo en la misma idea, hay que especificar que el proceso de aprendizaje se da entre las dos partes, mutuamente, de modo que no solo el alumno aprende del profesor sino que también el profesor aprende del alumno. Tal es así que «... toda práctica educativa implica siempre la existencia de sujetos, aquel o aquella que enseña y aprende y aquel o aquella que, en situación de aprendiz, enseña también» (Freire, 1993: 107).

Volvemos pues a lo dicho anteriormente y a resaltar la necesidad de diálogo y la capacidad de crítica, que son dos de los elementos más importantes que nos conducirán a la verdadera educación, que a la vez debe ser una práctica de la libertad (Freire, 1993; 1970: 111; 2001).

Otro punto a tratar en el desarrollo para la educación es la intuición y el intelecto como medio de ayuda a los alumnos y las alumnas, con el objetivo de que se conozcan tanto a ellos mismos como a los demás. Para ello, hay que analizar las experiencias reales que viven y, de esta manera, se cuestiona una vez más la enseñanza tradicional, punto inicial de diferenciación con la educación para la paz, que nada tiene que ver con la experiencia y mucho menos con la acumulación y memorización de información. Así pues, por una parte, cuando el alumno experimenta algo por sí mismo, a la vez comprende sus sentimientos y los de los demás y, por otra parte, analiza su propio comportamiento y el de los otros. Es muy

importante que el educador conozca y dé mucha importancia a las experiencias con las que los niños y las niñas llegan a clase o a la escuela (Freire, 1993: 55; 2001). Jares resalta como un método socioafectivo clave la empatía y lo considera uno de los más importantes a la hora de conocerse a sí mismo y, también, a la hora de confiar en los demás. A la vez, desarrollará otro valor destacado en el ámbito de la educación, como la intuición sin necesidad de mensajes verbales. Así mismo, el autor Patrick Whitaker sostiene que en la vida real de los alumnos, las creencias, emociones, experiencia, etc., se deben utilizar en el proceso de aprendizaje y dentro de un contexto de aprendizaje. La hipótesis y la reflexión divergente son clave para desarrollar la creatividad del niño y la niña (Whitaker, 1993: 46).

De las palabras de Whitaker, podemos deducir que es una práctica importante utilizar los conflictos que surgen en el aula como oportunidades educativas. Sin embargo, para llevarla a cabo, es imprescindible que el contexto que rodea al conflicto se pueda abordar desde una perspectiva positiva. De este análisis se desprende que la escuela no solo sirve para enseñar la realidad a los alumnos, sino que facilita que los niños y las niñas puedan intervenir y transformar su entorno, actuando desde un nivel de responsabilidad social. Ante el conflicto, el alumnado debe preguntarse «¿Qué tengo yo que ver y qué tengo que hacer ante esto?». De esta manera, la metodología sería que los alumnos buscaran respuestas a los problemas planteados (Rodero, 1994: 257-258). De la misma manera, es muy importante que en el proceso educativo en el aula no se abuse de los problemas globales sin relacionarlos con los problemas cotidianos y locales del alumnado, así como que el alumnado entenderá que, ante problemas tan graves y complejos en su resolución, ellos no pueden hacer nada. Un ejemplo de ello podemos verlo en la educación ambiental y la enseñanza que va derivada hacia los alumnos, con el fin de que ellos mismos aprendan a hacer su aportación personal al ahorro de energía de la naturaleza, hecho que puede cambiar la mala situación ambiental global. Lo importante es el granito de arena de cada uno (Mercado Alonso, 1994: 84).

Para potenciar la autonomía del niño o la niña, el autor Miguel Ángel Cano pone en marcha la iniciativa en la educación moral de Kohlberg. Esta es una educación en la que se propone no imponer unos valores determinados a los alumnos, sino que se eduquen sus capacidades de razonamiento; es trabajar para que los niños lleguen a ser autónomos en la toma de decisiones basadas en razonamientos morales. Para esto, Kohlberg defiende que la mejor metodología es el diálogo socrático, ya que este presenta unas ideas o pensamientos, pero no insufla el sentimiento de imposición de algún valor o la acción de moralizar. Cuando tratamos del diálogo, se

muestra una horizontalidad entre profesor y alumno, de modo que ya no se trata de esa relación vertical propia de la educación bancaria (Cano, 2003: 259-260).

Entendemos que la educación para la paz es una educación para la acción, puesto que no se trata solo de teorizar sobre la paz sino que supone una invitación a la acción. En este asunto, hay que especificar la importancia que tienen el comportamiento y las actitudes de los educadores y educadoras, ya que cuanto más cerca está lo que dicen de lo que hacen, más eficaz será su trabajo (Jares, 1994: 315; 2004; 2005). En este aspecto, Freire defiende que los educadores deben seguir fieles a sus sueños democráticos, la única manera de respetar la libertad y los valores positivos del alumno y, por eso, no deben manipular ni intentar manipular la forma de pensamiento del alumno o la alumna. Así pues, el educador tiene que exponer-les su propia lectura del mundo, pero también es imprescindible que enseñe la existencia de otras lecturas diferentes de la suya e incluso antagónicas (Freire, 1993: 107; 2001). El educador o la educadora no solo debe enseñar muy bien su disciplina, sino que también tiene que enseñarle al alumnado a pensar y a analizar, de una manera crítica, la realidad social, política e histórica en la que se encuentra, ya que los seres humano, por su naturaleza cambiante y por tener capacidades como la curiosidad, el habla o la creatividad, son capaces no solo de adaptarse al mundo, sino, sobre todo, de cambiarlo (Freire, 2001: 106).

La idea de Freire es que la tarea de los hombres y las mujeres del mundo es ayudar a que se lleve a cabo el sueño del cambio del mundo y para esto se tiene que trabajar en este propósito desde la escuela, en casa, en el trabajo, etc. Por lo tanto, los padres también tienen un rol muy importante y deberían enseñar a sus hijos e hijas la posibilidad y el deber que tiene uno de ser coherente con sus actos y pensamientos. Tal como defiende el autor (2001: 55):

No podemos hablar a nuestros hijos o en su presencia de un mundo mejor, menos injusto, más humano y explotar a quien trabaja con nosotros. A veces, podemos pagar mejor salario, pero caemos en la cantilena hipócrita según la cual «la realidad es como es y yo solo no voy a salvar el mundo».

Este análisis realizado por estos autores es decisivo para que el niño analice sus decisiones personales y su experiencia, sin por ello olvidar las reflexiones con los demás y así fomentar y potenciar la confianza en la toma de decisiones (Jares, 1991: 160).

III. Conclusiones

Hemos visto que la educación para la paz es un proceso educativo que debe ser continuo, permanente y, sobre todo,

transversal. Miquel Àngel Cano (2003) hace hincapié en la necesidad de una reforma moral profunda y, a la vez, una transformación familiar e individual para llegar al establecimiento continuo de la paz. Solo así se asegurará la paz social, nacional e internacional. Este autor defiende una revolución interior. Para ello, actuará sobre cuatro campos. El primero es la Educación del Carácter, cuya meta consiste en llegar a la paz interior, así como, a una madurez moral del individuo. El segundo campo es la Educación del Corazón, por el que se pretende llegar a una armonía de paz, mediante el desarrollo de las capacidades del ser humano, que consiste en dar y recibir amor. La Educación Cívica tendría como objetivo la educación del individuo y de la familia, de manera que podrán contribuir a la paz común de las naciones. Y la última, la Educación Intercultural se centrará en promover valores como el diálogo y la cooperación entre diferentes etnias y religiones.

Profundizando en la Educación del Carácter citada anteriormente, encontramos a Freire que, en su libro *Pedagogía del oprimido*, resalta la crítica como valor principal en los métodos de la educación. Explica que la tarea de educador es la de ayudar al oprimido, para que transforme su debilidad en fuerza. Lo mismo sostiene Gil Fell, que añade que para la educación para la paz ha de haber comunicación y empatía entre maestro y alumno. De la misma manera, es patente la necesidad de potenciar la creatividad, que ayudará al alumnado a superar sus miedos. Enlazaremos este concepto con la educación para la desobediencia, que es una manera de expresar el pensamiento crítico, tema fundamental e imprescindible para transformar la sociedad. Se señalan así las relaciones de poder entre opresor y oprimido como una manera de entender y vincular las causas que se desencadenan de la opresión.

A estos aspectos hay que añadir la reciprocidad concebida como el intercambio de roles entre profesorado y alumnado. Desde que los niños y las niñas tienen 5 o 6 años, comienzan a formarse opiniones que el profesorado debe escuchar y dirigir hacia los valores de la autoestima, del aprecio a los demás o la no violencia. Para ello, el sistema escolar transmite un currículum oculto que tiene que ver con la estratificación de las clases sociales, el concepto de países desarrollados y subdesarrollados, etc. Por tanto, la escuela es la continuidad de la vida social y, por ello, se cuestiona la enseñanza tradicional como el inicio de diferenciación con la educación para la paz.

Por último, Freire destaca que los profesores han de llevar a la práctica la teoría democrática y, de esta manera, progresivamente, tener la capacidad de cambiar el mundo.



IV. Bibliografía

- Cano, Miguel Ángel. 2003. *Ética y Paz. Fundamentos de una Educación para la Paz III*. Huelva: Reflexiones.
- Fell, Gil. 1993. «Paz». En *Educación para la paz*, editado por David Hicks, 93-110. Madrid: Ediciones Morata.
- Fernández Herrería, Alfonso y Antonio Sánchez, ed. 1996. *Dimensiones de la educación para la paz*. Granada: Eirene.
- Fernández Palomares, Francisco. 1994. «Violencia y conflicto en las relaciones entre sistema educativo y sociedad». En *Educando para la paz: nuevas propuestas*, editado por Alonso Fernández Herrería, 11-45. Granada: Eirene.
- Freire, Paulo. 1970. *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- . 1993. *Pedagogía de la esperanza*. México: Siglo XXI Editores.
- . 2001. *Pedagogía de la indignación*. Madrid: Ediciones Morata.
- Harris, Ian M. y Mary Lee Morrison. 2003. *Peace Education*. Jefferson: McFarland & Company.
- Huckle, John. 1993. «Medio ambiente». En *Educación para la paz*, editado por David Hicks, 228-247. Madrid: Ediciones Morata.
- Jares, Xesús R. 1991. *Educación para la paz: su teoría y su práctica*. Madrid: Editorial Popular.
- . 1994. «Educación para la paz y organización escolar». En *Educando para la paz: nuevas propuestas*, editado por Alonso Fernández Herrería, 285-317. Granada: Eirene.
- . 2004. *Educar para la paz en tiempos difíciles*. Bilbao: Bakeaz.
- . 2005. *Educar para la verdad y la esperanza*. Madrid: Editorial Popular.
- Mercado Alonso, Inmaculada. 1994. «La educación para la paz desde la perspectiva ambiental». En *Educando para la paz: nuevas propuestas*, editado por Alonso Fernández Herrería, 45-89. Granada: Eirene.
- Mill, John Stuart. 1991. *El utilitarismo*. Madrid: Alianza.
- Richardson, Robin. 1993. «Cambiar el currículum». En *Educación para la paz*, editado por David Hicks, 265-279. Madrid: Ediciones Morata.
- Rodero, Luis. 1994. «Conflictos en el aula ¿qué hacer?». En *Educando para la paz: nuevas propuestas*, editado por Alonso Fernández Herrería, 237-285. Granada: Eirene.



Whitaker, Patrick. 1993. «Consideraciones sobre el currículum». En *Educación para la paz*, editado por David Hicks, 39-56. Madrid: Ediciones Morata.

